

**Virgo Ther. Dirigat mentes et manus.
Deus autem benedicat et illuminet.
P. PP. Pío. IX.**

(Pío IX al Director y Redactores de esta Revista en 15 de febrero de 1875)

Oremus pro Pontifice nostro Pío

LA HERMANDAD TERESIANA UNIVERSAL,

I

Al pie de sepulcro de santa Teresa de Jesús, cabe su Corazón transverberado y espinado, nació en la primera peregrinación teresiana esta Hermandad, mereciendo ya en su primer instante la bendición y aprobación de cuatro ilustres Prelados, prenda segura de los frutos de salud que ha de dar. Pero es hora ya, toda vez que el año nuevo exige vida nueva, hora es ya decimos, de reducir a obra lo que entonces fue solo proyecto, a fin de que el año 78 recoja inmensos frutos del movimiento teresiano iniciado, de la semilla teresiana sembrada en 1877.

Algunos amigos nuestros, fervorosos peregrinos, han empezado ya a hacer algo movidos de su amor a la Santa de nuestro corazón. Pero esto no basta. Necesario es, si esta Hermandad teresiana ha de dar todo su fruto, que los esfuerzos no sean individuales y aislados. Es de todo punto indispensable que todos los que pretenden celar la hora y divinos intereses de Jesús en España por medio de Teresa de Jesús, encargada expresamente por Cristo de este cuidado, es de todo punto indispensable, repetirnos, que tengamos todos un mismo fin preciso, determinado, conocido perfectamente; y hecho esto contemos la fuerza, los medios que tenemos a mano para alcanzarlo. Entonces tan solo los amantes teresianos harán todo lo que pueden y deben para cumplir el compromiso solemne de celar la honra de Cristo.

Esto es lo que nos proponemos indicar en la serie de artículos que tenemos ya meditados, y de esta suerte además satisfaremos los deseos de muchos de nuestros amigos y devotos de la gran Teresa que nos preguntan qué es la Hermandad teresiana, dónde existe, qué debe hacerse para pertenecer a ella, para propagarla e instalarla en las parroquias.

La Hermandad teresiana universal tiene por objeto beneficiar en bien de las almas los tesoros de vida eterna encerrados en el alma angelical de santa Teresa de Jesús, en la mayor escala posible y por todos los medios posibles. Es Teresa de Jesús una mina de insondables riquezas celestiales, que está por explotar, digámoslo así. En siglos anteriores, nuestros padres trabajaron por beneficiarla: sus trabajos han llegado a nosotros imperfectos o interrumpidos, y nosotros debemos continuarlos llevándolos a la más alta perfección. En este siglo donde se han dado cita todos los errores y herejías, todos los vicios y bastardas pasiones, se requiere un esfuerzo supremo de todos los buenos, aprovechando todos los medios de salud que Dios ha puesto a nuestra disposición a fin de ahogar el mal con la abundancia de bienes.

Y para los españoles en especial, y aún para todo el mundo, no puede negarse que Teresa de Jesús es una de las almas que ofrece los mejores y más universales remedios a todos los males. Ella es un árbol frondoso y fértil plantado en el jardín de la Iglesia católica, cuyas hojas y frutos son de salvación para las gentes. Ella es fuente inagotable de aguas cristalinas y purísimas que salta hasta la vida eterna y refrigeran y dan vigor y lozanía a cuantos de ellas beben. Ella es la nueva Débora que ha de acaudillar y comandar los ejércitos de los que pelean en defensa de los intereses del Dios de Sabaot. Ella es en fin la gran Mujer, la gran Escritora, la gran Santa.

En su tiempo Teresa de Jesús fue saludada como martillo de la herejía, Apóstol de la fe en España, la mujer que todo lo puede. Hoy que el protestantismo se halla poco menos que en su agonía, y no obstante pretende y se esfuerza por lograr lo que no pudo en los días de Teresa, deber nuestro es aprovechar la benéfica influencia y poderoso, valimiento de la gran Santa en las actuales circunstancias críticas. Hoy que se han coligado todos los sectarios de Satanás para combatir a la Iglesia de Cristo Jesús, deber es de todos los fieles acogerse al patrocinio de una de las Santas que más gloria ha dado a Dios y más estragos ha causado a las huestes infernales. De ahí nace ese

movimiento instintivo, digámoslo así, de todas las almas, en especial de las más nobles y animosas, hacia la gran Celadora de la fe y de la honra de Cristo, la Heroína española Teresa de Jesús, invocándola yregonando sus excelencias.

Pues bien, la Hermandad teresiana viene a satisfacer esa aspiración universal, ese grito del alma entusiasta ante la gran figura de Teresa. Es verdad que tenemos ya en lo que va de cinco años a esta parte tres obras nuevas, no conocidas hasta hoy, todas consagradas a promover los intereses de Jesús por medio de su añagaza Teresa. Tales son la Archicofradía teresiana de jóvenes católicas, el rebañito del niño Jesús de Teresa, y la Compañía de santa Teresa de Jesús; pero estas obras teresianas, aunque destinadas a promover los intereses de Jesús, no admiten como miembros activos más que a las doncellas, y de ahí el clamor de muchas almas que envidiosas de la suerte de estas afortunadas jóvenes quieren también promover los intereses de Cristo bajo la salvaguardia de su Teresa. Y esto es lo que viene a satisfacer la Hermandad teresiana universal. Esta Hermandad será el lazo de unión de tantos corazones que quieren un punto común para animarse a trabajar con ardor. Será el centro de todas las aspiraciones nobles de cuantas almas suspiren por hacer algo en bien de sus hermanos. Y si un día, que consideramos no lejano, logramos reunir en torno de la gran figura de Teresa la falange de misioneros teresianos, entonces la obra teresiana será cabal, completa, perfecta. Y España y el mundo todo se regenerará porque a todas partes llegará la influencia salvadora, la acción vivificante de Teresa de Jesús. ¡Ojalá este año sobre el sepulcro de la santa podamos ofrecer esta corona, este complemento de todas las obras teresianas! ¡Ojalá por el día de la transverberación de su Corazón podamos presentarle apóstoles teresianos en vez de peregrinos teresianos que le presentamos el año anterior! Entonces sí que ya moriríamos gozosos, porque nada más tendría que desear nuestro corazón en obsequio de la sin par Teresa de Jesús, a pesar de ser insaciable cuando se trata de honrar a la Santa por cuyo amor tan sólo hubiese criado Dios el mundo a no haberlo criado antes.

¡Qué cuadro tan magnífico y consolador se ofrece a nuestra contemplación! Tener el Rebañito del Niños Jesús, o sea las primicias y las más delicadas y hermosas flores del jardín de la Iglesia, cuidadas y protegidas por los de Jesús y su Teresa: la Archicofradía teresiana acogiendo en su seno en a todas las jóvenes católicas ofreciéndoles vida, luz y valor con sus prácticas de oración y sólida piedad: la Compañía de santa Teresa de Jesús destinada a imprimir vida y movimiento, espíritu teresiano a estas obras y con ellas regenerar el mundo por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio: la Hermandad teresiana extendiendo sus brazos bienhechores a todas las almas para librarles del naufragio universal que nos amenaza: el nuevo palomarcito de la Virgen con sus oraciones y penitencias atrayendo gracias extraordinarias sobre todas estas obras, y por fin los misioneros teresianos con la Compañía de teresianas comunicando con su acción, con sus enseñanzas, con su celo apostólico esta vida y estas gracias merecidas con la oración y sacrificios, ¡oh! repetimos, es este un cuadro en extremo magnífico, y consolador. Sólo de contemplarlo se goza nuestro corazón tanto, que ya se cree ser feliz con toda la felicidad que se puede desear en este suelo. ¡Cuán hermoso son los pasos de los que evangeliza la paz! Dice el Espíritu Santo. ¡Cuán hermosos, pues, no serán los pasos de la compañía y misioneros teresianos consagrados exclusivamente a celar la mayor gloria de Dios en todas partes y en todas las almas en la mayor extensión posible!

Haga Jesús y su Teresa y merezcamos todos con nuestras oraciones y buenas obras que sea una verdad en todas sus partes y detalles, así como lo es ya en la mayor parte este magnífico plan, y apresuremos, repito, este feliz momento, extendiendo la Hermandad teresiana universal en todas partes.

Pero se hace muy largo el presente artículo, y hablemos de reservar para el próximo número los detalles de esta importantísima obra, que las ha de resumir todas. No obstante, para que empiecen a preparar el terreno nuestros lectores y no estén ociosos, cuiden, donde no se hallen establecida aún la Archicofradía teresiana, de trabajar por establecerla, y habrá ya una base magnífica y una preparación excelente para proceder luego a la instalación de la Hermandad.

E. de O.

LA OBRA DE LA MAYOR GLORIA DE DIOS

O sea la obra de las vocaciones eclesiásticas bajo la protección de san José y santa Teresa de Jesús

V.

Examinamos en el artículo anterior la parte que la mujer católica tiene en la formación de los corazones de sus hijos y en la vocación eclesiástica. Que las madres lo pueden hacer todo por este punto es cosa fuera de toda duda. Las madres son las que despiertan y fomentan la vocación de sus hijos casi siempre, y sobre todo en estos días en que la voz del sacerdote católico va perdiendo toda su autoridad. Conocemos a un amigo nuestro muy querido, con quien compartimos en la infancia alegrías y pesares, hoy sacerdote muy celoso y que no pocas almas lleva a Dios con sus trabajos, el cual debe su vocación, después de Dios a su cristiana madre. "Era jovencito, nos decía con motivo de la lectura estos artículos, y a pesar de gustarme mucho las cosas de la iglesia y tener mis delicias en asistir y ayudar a Misa y a otras funciones eclesiásticas, jamás me había ocurrido la idea de hacerme sacerdote. Suspiraba tan solo por enseñar y seguir la carrera del profesorado, porque esto es cosa que muchas almas lleva a Dios. Pero un día mi madre, enferma de cuidado, me llama cabe sí, y con acento entrecortado me dice: "Hijo mío, ¿por qué no te haces sacerdote? Hazte sacerdote y darás contento a tu madre y aún a Dios, pues te ha dotado "de una alma buena." Entonces con el aturdimiento de los juegos y sueños de la infancia no fijé en estas palabras mi atención; pero al considerar muerta a mi querida y cristiana madre, a los trece años de edad empecé a reflexionar sobre estas memorables palabras, y en medio de mis extravíos e ilusiones parecíame que resonaba de continuo a mis oídos la voz de mi inolvidable madre, que desde el cielo me repetía: "Hijo mío, ¿por qué no te haces sacerdote? Tu madre lo quiere y Dios también, pues te ha dotado de una "alma buena." Y cuando parecía que estaba más lejos de oír el eco de esta maternal voz, engolfado en el comercio y pasatiempo del mundo, un día cansado de porfiar o mejor de resistir al llamamiento que Dios me enviaba por medio de mi madre, exclamé: Dios y tu madre quieren que seas sacerdote; ¡madre mía! Yo lo quiero también. Y abandonando al mundo y sus afanes, me retiré a la soledad para consagrarme a Dios y ser con el tiempo misionero apostólico. Sin la voz de mi madre estoy seguro, añadía, que no sólo no hubiera sido sacerdote, sino que ni siquiera hubiera pensado en ello". Ahora bien; si siendo esta madre buena cristiana no pudo lograr en vida que su hijo oyese su voz, siendo preciso que el golpe de la muerte maternal despertase a un corazón por otra parte bien dispuesto y, digámoslo así, naturalmente cristiano y conocedor de lo que era el sacerdote con el frecuente trato con él, ¿qué sucederá ahora que los hijos sólo oyen hablar mal del sacerdote, y todas las iras se concitan contra él, y todas las armas del ridículo, del escarnio, de la calumnia, se ponen en juego para presentarlo como el peor mal que hay en el mundo? Por ello no tememos afirmar que si no trabajamos por cristianizar las madres de familia, dentro de algunos años apenas habrá vocaciones eclesiásticas.

Pero Dios que es páfido en todas sus cosas, y que al lado del mal hace brotar el remedio, parécenos ha querido proveer de remedio a esta suprema necesidad moviendo no pocos corazones generosos que se disponen en el retiro y silencio con la oración y el estudio para regenerar al mundo, educando cristianamente a la juventud femenil, según el espíritu de la hidalga heroína española Teresa de Jesús.

Apuntamos en el artículo anterior de cómo trató la seráfica Doctora de formar algunos colegios donde las jóvenes recibiesen cristiana educación apartadas de los peligros del mundo, ofreciendo a sus hijas muy amadas las Carmelitas Descalzas para dirigir esta obra de mayor gloria de Dios. Y como ésta es una de las más excelentes obras de celo por la salvación de las almas, suspiraba por que se multiplicasen y en todas las ciudades y villas de España hubiese alguna de estas casas de educación.

Hoy la Santa en el cielo estamos seguros que conserva esta deseo más vivo, porque es más urgente y grave la necesidad.

Es imposible que haya buenas madres, dignas esposas, si no se forman y educan buenas hijas. Y por punto general las madres de hoy día no se toman este cuidado, fiando a la enseñanza de la maestra la educación de sus hijas. Si, pues, la maestra no es piadosa, no es católica, imposible es de todo punto que forme hijas piadosas y dignas.

Y por desgracia cada día escasean más semejantes maestras. Y aún no es este él por y más temible de los males que nos amenaza. Hay en España y se está formando muchas jóvenes que vendiendo su conciencia, su dignidad y su alma, como Esaú su primogenitura por un plato de lentejas, trabajan por adquirir el título de maestras, presentando antes juramentos nefandos. Es esto

un hecho, por más doloroso que sea confesarlo, y sabemos de ciencia cierta que hay jóvenes que se llamaron un día católicas dispuestas a prestar este juramento, y estudian por sacar el título de maestras para mejor de esta suerte propagar las doctrinas de perdición. La avaricia ciega a estas almas venales, que por unas cuantas monedas venden la herencia del cielo. ¡Infelices! ¡Cómo se conoce que no frecuentan la escuela ni oyen las enseñanzas de nuestra seráfica Doctora! Olvidadas de que todo se pasa, y que sólo es digno del aprecio de una alma inmortal la vida eterna y todo lo que a ella puede guiarnos, fijan su mirada y su corazón en la tierra y se hacen abominables como las cosas que amaron. Más les valiera exclamar con la Heroína española, emulando sus soberanos alientos y despreciando todo lo caduco y terreno: Sólo Dios basta. Así hallarían la felicidad acá y podrían tener esperanza fundada de ir al cielo llevando miles de almas, y no condenarse con muchas que habrán pervertido.

A vista de este gravísimo mal, justamente alarmados con el conocimiento de este misterio de iniquidad que se prepara hoy en silencio para aparecer mañana en proporciones alarmantes, imposibles de atajar, ¿no es verdad que todos los amantes teresianos, encargados de un modo muy especial de celar la honra de Jesús y su Teresa en nuestra España, desearán vivísimamente, con mayor motivo que cuando la santa Madre vivía en nuestra patria, que todas las ciudades y villas de España tengan casas de educación cristiana dirigidas por maestras católicas, donde se enseñe el temor y amor de Dios a la juventud femenina? Pues lo que para muchos de nuestros lectores es sólo un deseo, es podemos decir con toda verdad un hecho que, aunque no tan glorioso como deseamos, al menos consuela y en esperanza nuestra los frutos de bendición y de salud que ha de dar para las gentes, para toda España, quizás para el mundo todo; y esta es la obra de la Compañía de santa Teresa de Jesús, de la que hemos hecho algunas indicaciones otras veces, y que deseamos dar a conocer a nuestros lectores. Dios ha inspirado sin duda esta idea para que, traducándose en obras, haga frente a tan urgente necesidad. Y son tantas las vocaciones que van despertándose para esta obra de restauración cristiana, que apenas hay jóvenes teresianas de generosos alientos y gran corazón, que conociéndola no la ame y no se sienta vivamente movida a ella con secreto e irresistible atractivo. Solo nos falta la casa, colegio a propósito donde puedan admitirse todas las jóvenes católicas que lo soliciten, y formarse más fácilmente en ciencia y santidad. Tenemos el terreno muy a propósito a este fin; más aún, tenemos ideado el plano y algunas blancas para empezar; pero ¿qué son algunas blancas para empresa tan colosal? No decimos esto por desmayar, pues con más razón que la santa de nuestro corazón podemos y sabemos exclamar. Unas blancas y nosotros somos nada; pero unas blancas, nosotros y Teresa con su Jesús lo somos todo. Y resueltos estamos, con la experiencia consoladora que tenemos de los que favorece Jesús a todas las obras consagradas a su Teresa, a poner la primera piedra de obra tan necesaria y del agrado de la Santa de nuestro corazón cuanto antes podamos.

A nosotros toca empezar esta obra de mayor gloria de Dios: a nuestros lectores y a todos los amantes teresianos continuarla, concluirla. Y no confiamos ser defraudados en nuestro piadoso intento, pues nunca apelamos en vano a la generosidad de los que tienen celo por la mayor honra de Jesús y su Teresa. Reciente está el hecho que dice muy alto en favor de la generosidad de los amantes teresianos. Hemos levantado de pie un convento de Carmelita Descalzas en el espacio de catorce meses; y tratamos al lado de esta casa de oración levantar un colegio moderno de enseñanza, según el espíritu de la seráfica Doctora Teresa de Jesús, para que de esta suerte vivan hermanadas la santidad y la sabiduría, el apostolado de la oración, de la enseñanza, y del sacrificio. De este modo la obra y el pensamiento de la santa de nuestro corazón será completo, y satisfará plenamente todas las necesidades del siglo XIX. ¿Quién, pues, no querrá con su cornadillo, por pobre que sea, contribuir a tan grande obra, la obra por antonomasia de santa Teresa de Jesús en el siglo actual? Todo el bien que haga esta juventud animosa y decidida, como formada en el molde de la invencible Capitana Teresa de Jesús, en su origen será de los que nos ayuden a tan santa obra, y las oraciones y buenas obras de todas estas almas buenas les acompañarán siempre, más allá de la tumba; y no solo las oraciones de estas almas, sino las que más son de apreciar, esto es, las de las niñas inocentes a quienes educarán, pues ahora como entonces el primer Padre Nuestro será por los bienhechores.

Todos pueden contribuir a esta obra bajo el título de bienhechores o de fundadores. Bienhechores serán todos los que den alguna limosna, por pequeña que sea. Fundadores serán los que den una limosna más crecida. Por estos además se ofrecerá una Misa cada día quince de mes, y una Comunión y otras buenas obras y sacrificios. Unos y otros tendrán inscritos sus nombres en el libro de la Compañía de santa Teresa de Jesús. Amantes teresianos, fervorosos peregrinos, ¡una limosna por la *Obra de santa Teresa de Jesús!*

E. de O.

DESDE LA SOLEDAD

Oremos, oremos porque todo lo puede la oración.

Estamos mal, muy mal. Europa, el mundo todo camina a una catástrofe. ¿No oís el rumor de los combatientes que se preparan para librar la suprema batalla? ¿No veis a hordas de salvajes que viven entre pueblos civilizados concertarse para el día de la venganza que se acerca?

Estamos mal, muy mal. Demos una ojeada a lo que pasa en torno de nosotros, y veremos motivos más que de sobra para llorar y temer. El pobre murmura del rico, el rico se queja del pobre; la cuestión del pauperismo está las puertas. Los padres se lamentan de la insolencia de sus hijos, y estos del proceder de los padres; los gobiernos están malcontentos de sus súbditos, y éstos están criticando las disposiciones de los gobernantes. No hallaréis apenas media docena de personas contentas con su suerte. Todos forcejean por romper las ataduras de su condición social.

Y por otro lado todas las naciones de Europeas están también mal, caminan a una catástrofe, tal vez la suprema, la mayor que se ha visto de algunos siglos a esta parte.

Francia, la nación cristianísima, está en manos de la revolución, que más o menos tarde le ha de desgarrar las entrañas. Antes tan rica y poderosa, hoy ve paralizarse las entrañas. Antes tan rica y poderosa, hoy ve paralizarse su comercio, y está amenazada tal vez hasta en su existencia. Bélgica, la católica Bélgica, cría en su seno vibreznos que le han de dar muerte. Allí se consiente a cuatro desalmados reunirse, blasfemar de todo lo más santo y sagrado, y desafiar a todo poder y a toda autoridad.

Italia, un día floreciente y respetada mientras respetaba a la Religión católica y a su augusto Jefe, lee hoy en sus periódicos y la ve con sus propios ojos esta horrible verdad: "En Italia se muere de hambre."

Austria, no comprendiendo la alteza de su misión, por miedo hace coro con los que quebrantan la justicia, y está al parecer dispuesta a tomar parte en el reparto de los despojos, como lo hizo un día con la cuestión de Polonia, no considerando que es muy posible que por donde peca sea castigada.

Turquía se está desangrando con las heridas profundas, quizás incurables, que recibe del Oso del Norte, el cual cada día le va estrechando más entre sus garras.

Rusia, que parece embriagada con los humos de la victoria y dispuesta a llevar a cabo sus sueños de dominio universal, tiene en su interior principios de destrucción que más tarde o temprano acabarán con ella.

Prusia, instigadora o actora principal en todo el movimiento perturbador y anticatólico que por todas partes se observa, ve levantarse de su seno una masa amenazadora, todo un ejército socialista que la ha de devorar como ella devora a tantos estados y pueblos por engrandecerse.

Inglaterra, que tantos daños ha causado a Europa desde que dejó de ser isla de Santos para convertirse en madriguera de herejes, con su política interesada, egoísta y anticatólica, hoy deplora sus desaciertos al verse aislada, egoísta y anticatólica, hoy deplora sus desaciertos al verse aislada, sin tener una potencia amiga que la ayude a poner coto a los ambiciosos planes de Rusia, y a salvar sus intereses industriales y comerciales asaz comprometidos.

Por otra parte en la India y en la China millares de personas mueren de hambre cada día, y América se ve amenazada seriamente y perturbada por las sectas del averno, que quieren borrar de la faz de la tierra a Dios, al sacerdote y todo culto.

Y ¿qué diremos de nuestra querida patria?

España, ¡ah! España, ¡patria mía! Tú sabes las heridas que cada día recibes en tu fe, en tu patriotismo, en tu corazón.

Y en medio de esta universal perturbación, mientras se está ardiendo el mundo, y quieren tornar a sentenciar a Cristo y poner su Iglesia por el suelo, vemos al gran Pontífice Pío IX, al Pontífice de la Inmaculada y del Syllabus, del Concilio y de la Infalibilidad, que a pesar de haber ido despojado de todos sus bienes, cautivo, humillado, anciano y pobre, subsiste y reina en los corazones con el imperio de la justicia y de la santidad, de la mansedumbre y de la fuerza moral. Vive Pío IX, el testigo del derecho hollado, de la verdad escarnecida, y vive rodeado del amor y cariño de sus fieles hijos, mientras descienden al sepulcro los Palmerston, Cavour, Mazzini, Napoleón III, y ahora Víctor Manuel. Vive Pío IX el Pontífice, el mártir, pidiéndonos que oremos y trabajemos. Oremos, pues, amantes teresianos, que no hay males incurables mientras sepamos orar; y hagan nuestras súplicas propicio al buen Jesús en el año 78, apartando de nosotros el cáliz de dolor que nos prepara por nuestros pecados. Pío IX, digámoslo así, ha puesto en nuestra boca la oración, que muy a menudo hemos de repetir y es la siguiente:

Omnipotente y clementísimo Señor, concede tu auxilio a la Iglesia y a nuestro Santísimo Padre Pío IX, trabajado por tantas y tan graves necesidades. Los años y los dolores afligen a nuestro Padre Santo; derrama sobre el tu divina clemencia, e infúndele fuerzas para pelear valerosamente tus batallas. E infúndele fuerza para pelear valerosamente tus batallas. Guarda benignamente a la Iglesia en las luchas que sostiene con el error y en las injusticias que la dirigen sus enemigos, y perdonando todos nuestros pecados, glorifica tu nombre y concédenos el don de una buena voluntad, con el fruto de aquella paz que los angélicos coros anunciaron a los hombres en Belén. Así sea.

Mas no basta orar. Es necesario trabajar. Promover las obras de celo, de educación, de sacrificio o penitencia. Así será santo el año 1878, y con el año nuevo tendremos vida nueva, y por fin el cielo si no nos olvidamos de hacer todos los días el cuarto de hora de oración, como os promete de parte de su seráfica Madre Teresa de Jesús.

El Solitario.

NAVIDADES.

(IMPRESIONES Y RECUERDOS).

I

Niños inocentes, graciosas niñas, almas virginales y puras como son las de los niños, gozad y regocijaos enhorabuena hasta saltar de contento en estos días benditos, en que la cristiandad entera festeja el Nacimiento del Niño de Belén.

¡Qué alegrías tan puras y tan santas os prepara todos los años esa Religión sagrada y augusta que sobre la rodilla de vuestros abuelos y en el caliente regazo de vuestras madres estáis aprendiendo, vosotros, niños inocentes y graciosas niñas!

¡De que suave y celestiales delicias no os inunda todos los años por este tiempo esta misma Religión, a la que os habéis consagrado felizmente, oh vosotras, almas virginales, oh corazones delicados y hermosos!

Permitid, dichosas criaturas, que me asocie a vuestras inocentes fiestas; dejad que tome parte en vuestras piadosas diversiones y santas alegrías; no os enfadéis si os sigo cuando vais a ver los Nacimientos; admitidme en la pastoril orquesta que formáis delante de Niño de Belén, pues me atrevo a aseguraros, por vida mía, que en medio de vuestras zambombas, pitos, sonajas, rabeles, panderos y castañuelas, no ha de sonar mal mi rústica zampoña.

¡Oh! Con vosotros, amiguitos míos, conozco que se refresca mi corazón, se renueva lo más íntimo de mi ser, siéntome revivir con sabiduría más pura, entiendo que pasa algo de más inocente, de más tierno y grande por las profundidades de mi alma; me hago, en fin niño como vosotros, como el Niño de Belén; ¡soy feliz!

Escuchadme, pues, niños inocentes y graciosas niñas; hablo también con vosotras, almas puras y virginales como la de los niños.- Pero no, no quiero que me escuchéis solamente, amiguitos míos; si no hablad más bien que con migo; hablemos y charlemos juntos de lo que hemos hecho, de lo que hemos visto y sentido y gozado y loqueado en estos días, los más benditos y alegres, porque en ellos vino la bendición y la alegría al mundo con el Niño de Belén.

II.

Mientras esto estaba escribiendo, como preámbulo a unos episodios de Navidad que pensaba escribir, cata aquí que unos traviosos vecinitos y vecinitas míos se han presentado en el cuarto donde escribo, no sin disputar y meter ruido entes en las escaleras, todo por saber a ver quien entraba primero.

Voy a aprovechar tan buena ocasión (me he dicho al tenerlos en mi presencia). Voy a copiar el cuadro del natural. Vengan pinceles.

-¡Hola! ¡Hola! Juanito, Pepe, Manuel, Enrique, Luisa, Carmen, María y... ¡Callen! ¿Eres tú, picarilla?... Ven acá, Merceditas, ven acá... Pero ¿qué es esto que traes? ¿Qué vestido es este?

- Es el vestido de zagala, me ha contestado.

- ¿Cómo? ¿Que de dónde venís ahora?

- Venimos de ver un Nacimiento, en donde hemos echado versos, cantado coplas y adorado al Niño.

- ¿Y estaba muy bonito el Nacimiento?

- ¡Ay si lo estaba! Exclama Merceditas, juntando y abriendo con gracioso mohín sus labios, mientras se compone el sombrero de paja adornado de colorines, por bajo del cual sale la larga y

abundantes trenzas de su cabello que, flotando sobre su corpiño de seda verde, baja hasta la mitad de sus sayas coloradas y cortas; - ¡Ay si estaba bonito el Nacimiento!

- No sería gran cosa, añadí yo.

-¿Qué no? Mire V.: a la mano derecha había toda una vacada de bueyes que un pastor estaba allí apacentando. Y no se figure V., que los hubiera visto comer la verde yerba que sale de entre aquellas rocas que hay allí, tan bonitas como las que yo vi un día en el campo. ¿Y creará V. que hay allí cerquita un bosquecillo muy hermosos en donde crecen los arbolillos y todo?

- No, boba (replicó a esta sazón el vivaracho Enrique), que son los tallos de un puñado de trigo que plantaron en una maceta y que han salido estos días.

- Pero parécese a un verde bosquecillo (repuso Merceditas). ¿También dirás que no hay allí una balsa de agua en donde beben dos ovejitas, mientras otras andan por aquellos romerales, y empinándose algunas por una cuesta?

- Mira, yo también me lo figuraba y todo el mundo lo diría (contestó Pepe mientras Enrique se sonreía); pero has de saber que yo probé con un dedo a ver si se mojaba en la balsa, y no era sino un pedazo de vidrio muy bien arregladito que figuraba ser agua.

- Pues era agua, sí, señor, que yo vi como se meneaba y parecía correr, -repuso con insistencia Merceditas.

- Vamos, si no lo era, quería serlo (agregué yo entonces). Pero ¿nada más había allí Merceditas?

- También había un pastor tocando una flauta en medio de un vallecito.

- Y una pastoras que hilaba al carasol de su casita blanca y de tejas rojas, - añadió Luisa.

- ¿ Y no te acuerdas de las gallinas y un gallo, a quienes echaba puñados de trigo una zagala? – Preguntó la pequeña Carmen.

- Pues a mí me agradan más aquellas pastorcillas tan guapas que van a Belén a ofrecer al Niño sus cantaritos de leche, - agregó María que no quería ser menos.

- Callad (saltó aquí Pepe), que a mí me gusta más aquel barranco tan hondo que parece que tenga media hora de largo, y allá adentro, allá dentro se descubre a un pastor que mata una serpiente y a unas pastoras que se lavan la cara en las aguas de un arroyo para parecer más hermosas al Niño Jesús.

- ¿Todas esas cosas hay allí, hijos míos? Pregunté a mi vez.

- ¡Oh! Y también hay unos Reyes Magos que llevan consigo unos animales con unos cuellos tan largos que... ¿sabes tú cómo se llaman, Merceditas? – Le interrogó Manuel, que es el niño que hablaba.

- Sí, contestó la niña; se llaman... se lama... ¡ah! Ya caigo: se llamen camellos. ¡Ay qué bonitos son!

- Pues más bonito es aquel pastor que está ofreciendo al Niño Jesús un corderillo blanco, - repuso Juanito.

- Pues ¿y la vaca y el buey que calientan al Niño? (Dijo Enrique). ¿No es verdad que son muy dichosos estando tan cerquita del Niño?

- Más lo son san José y la Virgen María, que todo se lo miran tan contentos y alegres, contestó Luisa.

- Muy bien, mis queriditos, muy bien, añadí yo. ¿Y no le habéis dicho coplas, ni cantado villancicos al divino Niño?

- ¡Sí, señor! ¡Sí, señor! Me contestan todos a coro.

Y todos ellos me han recitado los versos que han echado al Niño de Belén, versos sencillos y pastoriles en su mayor parte, que ricos aún de aquel antiguo y fresco aroma de piedad la tradición piadosa ha conservado hasta nuestros tiempos, y que los niños y niñas aprenden sin esfuerzo ninguno en el regazo de nuestras madres cristianas, depositarías, sin saberlo, de las grandes y gloriosas tradiciones de la Religión y la patria.

Pepe es el que me ha dicho que al Niño le ha ofrecido una piel de oveja, y que al ofrecerla ha dicho estos versos, que para muestra me agradan copiar aquí:

Una blanca piel de oveja,
Mi chiquitín, yo te traigo:
Toma para que tu Madre
Te la coloque debajo
De ese tierno cuerpecito
Que no nació para establos.
Y de una piel tan hermosa
¿Tú qué me dará en cambio?
Mira, dame un corazón

Por tu amor aprisionado,
Un corazón que no anhele
Si no tus besos y abrazos,
Más dulces que los panales
Que las abejas formaron.

Después que todos han acabado de recitarme sus versos, tomando yo la palabra, les digo:

- Yo no he asistido a vuestra función pastoril, pero en cambio he asistido a otra donde no han faltado tampoco villancicos, ni versos, ni pastores, ni zagalas. Era una funcioncita que las niñas que forman el Rebañito del Niño Jesús han dedicado a su celestial Pastorcillo. Primero se han leído unos puntos de meditación con mucho silencio y devoción de pequeños y grandes. Ha seguido luego una plática acerca de la festividad, y enseguida, alternando con las estrofas de villancicos que un coro de niñas cantaba acompañadas del armonium, pastorcillas muy garridas y hermosas decían mil requiebros, tan amorosos como inocentes, a un graciosísimo Niño que estaba echado en una cunita en medio del Nacimiento. Estaba éste formado de ramaje, montañas de corcho, praditos de musgo, graciosas casitas y chozas de heno, animado todo de un innumerable pueblo de pastores y toda una riqueza de ganados mayores menores. Allí se percibía la fragancia de la retama, de la alhucema y del tomillo; las pastorcillas tan al vivo le parecían, que nadie las creyera sino bajadas de la sierra, y los versos que decían y las coplas que cantaban no podían ser sino razones de pastoras y aires aprendidos en la verde montaña, teniendo por acompañamiento los sonidos del viento, las esquilas de los rebaños y los balidos de las ovejas. Infinita gracia me ha hecho una pastorcilla muy pequeñita, que se ha acercado al Nacimiento y ha dicho con inocente mimo y zalamería, aunque con pronunciación defectuosa:

Porque eres tan probesito
Dulce Niño de Belén,
Toma aqueste regalito
Y ya no llores, mi Bien.

Pero lo que ha parecido gustar más a todos ha sido ver a los tres Reyes Magos, que andaban su camino guiados por una estrella. Había puesto un hilo doblado que bajaba desde el coro, y atravesando toda la iglesia iba a parar encima de la cabecita del Niño. En el cabo del hilo atado en el coro había una estrella de cartón cubierta de papel dorado, la cual haciendo correr el hilo desde el coro, iba bajando, bajando, como si corriese ella sola. Los tres Reyes, que eran niños vestidos de mantos reales y llevaban coronas y cetros, fijos los ojos en la estrella, iban andando poco a poco y siguiendo sus rayos. Todo el mundo contemplaba con embeleso aquel espectáculo y escuchaba con grande atención las razones de los Reyes que iban diciendo entre sí. Poco faltaba ya para que la estrella llegase al portalito de Belén, cuando... ¡válgame Dios! La estrella se para y no puede pasar adelante, pues según parece se ha enredado el hilo que la sostiene. He aquí a las Reyes Magos parados también sin poder llegar al portalito, pues la estrella no corre. Ellos, mira que te mirarás a la estrella del Oriente, pero en vano, porque quieta se está y quietos siguen ellos. – “Dile al sacristán que estire más fuerte,” – dice una voz. El sacristán, enfadado de ver como no luce sus habilidades, estira con rabia el hilo que sostiene la estrella, y ¡por vida de sanes! El delgado hilo se rompe, y la estrella, aquella hermosa y reluciente estrella, que guiaba a los magos majestuoso Reyes del Oriente, cae sobre la cabeza de un pastor: todos acuden a cogerla y la colocan colgada de una rama, encima de la cabecita del Niño. - ¿Qué os parece, mis queridos niños? Luego ha habido confites y dulces también para toda la gente menuda... Callad: creo que aún me queda algo en el bolsillo... Sí, pero... ¡sí a vosotros no os agrada!

-¡Que sí! ¡Que sí!

-¡Milagro! Acercaos, pues.

III.

Marcháronse ya niños y niñas. quedándome ya solo, solo con mis recuerdos de tiempos mejores, y permitiendo a mi mente vagar como aérea mariposa en pos de las dulces y melancólicas memorias de mi dichosa niñez.

¡Oh días alegres y regocijadas fiestas, manantiales inagotables de alegría para mi corazón de niño! ¡Noche buena! ¡Navidad! ¡Principio de año! ¡Santos Inocentes! ¡Santos Reyes! ¿Quién ha sabido fabricar los maravillosos anillos de esa hermosísima cadena de oro con que gustan ser dulcemente prendidos y atados los corazones inocentes y los hombres todos de buena voluntad? Sólo el divino Niño de Belén podía abrir en la tierra esas abundosas fuentes de contentos y ventura

para el corazón humano; sólo Él podía desde su humilde cuna decir a los grandes y a los pequeños: “¡Alegraos! Pues las nubes han llovido ya al Justo, y la tierra acaba de abrirse brotando al Salvador.”

Madre, ¿cuándo es Navidad? Preguntaba yo a la dulce mía (que Dios haya), contado unos seis años, y algunos días antes de tan alegre festividad. Y sabiendo que aún faltaban algunos días, apenas si pensaba en otra cosa que en la suspirada fiesta, de la cual ya empezaba a gozar en esperanza y en mis sueños de la noche. Algunos días antes ya no teníamos escuela, de la cual nos habíamos despedido, no sin ser obsequiados antes por el señor maestro con una estampita dorada como recompensa del obsequio que nosotros le habíamos hecho. Consistía éste en llevarle cada niño un tronco tan grueso como alcanzaban sus fuerzas para llevarle cargado en los hombros, y aún escogíamos el más enorme que encontrábamos en el corral, y que siendo atado con unas cuerdas, llevábamos arrastrando a la escuela ayudados de los compañeros. ¡Qué algazara y qué jolgorio movíamos en tales casos por las calles de la aldea! La emulación y aún el orgullo que sentíamos al llevar el tronco más grueso, o de los más gruesos, emulación y orgullo que formaban las delicias del señor maestro, nos daban fuerzas y bríos bastantes para llevar a término feliz la descomunal hazaña de subir por las empinadas calles tan enorme peso, espectáculo que ponía del mejor talante a nuestro venerado y temido preceptor. A la mañana siguiente era la vigilia de Navidad.- Madre (preguntaba yo en dicha vigilia), ¿no es verdad que esta noche es Noche buena? – Sí, Noche buena para los buenos. - ¿Y para los malos? – Noche mala.- ¿Me dejará V. ir esta noche a Maitines? – Sí, irás a las calientes.- Pues, vaya, yo no quiero ir a las calientes. - ¿querrás ir a las frías, tontuelo? – No, no, que ya me han dicho que ir a las calientes es ir a la cama. Yo quiero ir con el abuelito a Maitines y a la Misa del Gallo.- Pero te vas a dormir allí.- No me dormiré, madre. Bájeme V. de la boca de la chimenea esa hermosa vejiga del cerdo, que esta noche al alzar a Dios la voy a hacer dar un estallido tan grande que se oiga de la plaza.

Y llegaba la deseada noche, noche muy fría siempre, pero siempre también la más hermosa y alegre, en cuya velada disfrutaba yo cuanto hay que pensar. Tiempo hacía que en la leñera se guardaba un robusto tronco de olivo, cortado por su parte más ancha, conservando aún sus enormes raíces. ¡Era el tronco de Navidad! Estaba ya consagrado de antemano para aquella noche solemne, y no podía servir para otra cosa ni quemarse antes. El destino, casi diría glorioso, de aquel tronco era derramar calor, y calor abundante en el bendito hogar, sagrario de la familia, durante la noche más hermosa que vieron los siglos. Cuando habíamos acabado de hacer colación: - Toma (me decía mi abuelito), toma las tenazas y dale fuerte al tronco de Navidad hasta hacerle echar mucho turrón.

Y yo cogía las tenazas y daba fuerte al tronco de olivo, cuya punta estaba ardiendo convertida ya en ardorosa brasa. Pero yo me cansaba y fatigaba inútilmente, porque el turrón no aparecía, y sólo acaso algún bicho de aquellos que suelen esconderse en los agujeros de los troncos de los árboles, o tal vez algunas hormigas salían espantadas de su escondrijo, viniendo a encender más y más mi infantil coraje.- Está visto (me decía), los turrones están muy hondos y no pegas bastante fuerte.- Yo entonces redoblaba la furia y los golpes, hasta que me decían: - Marcha, marcha a hacer oración en la sala delante del cuadro de la Virgen y entonces, si rezas bien, acaso saldrán. – Mientras yo rezaba, mi abuelito obraba el milagro de los turrones, de suerte que salían indefectiblemente a las pocas tenazadas que daba al tronco después de haber rezado a la Virgen. ¡Qué alegría! ¡Qué triunfo!

Primos y primas habían entrado entre tanto llegado a mi casa.- Id, nos decían, id a las casas de vuestros tíos y tías a buscar el barquillero (los neulés). - Y nosotros marchábamos todos dando saltos de contento, no sin llevarnos unas grandes alforjas para colocar lo que sin duda nos darían. Al llegar a la casa de nuestros tíos, nos poníamos a cantar algún villancico, pidiendo enseguida el consabido barquillero.- Traed las alforjas, nos decían, que os lo vamos a dar.

- Y efectivamente nos lo daban; pero se convertía el barquillero en una enorme piedra que colocaban en una de las dos alforjas que después ataban, y que a duras penas podíamos mover entre dos de nosotros. Fortuna que en la otra alforja encontrábamos pasas, higos, nueces, manzanas y pastas, lo cual nos consolaba del engaño de la piedra. Luego en aquella noche, así como en otras, solíamos hacer barquillos, operación que era para nosotros origen de divertidos lances y de inexplicable alegría. Unos barquillos, salían demasiado tostados, otros se rompían al cogerlos, algunos salían imperfectos o manchados; pero todos eran buenos, excelentes para comerlos nosotros. ¡Oh! la noche en que se hacían barquillos era nuestra noche toledana. La curiosidad, la golosina, la hermosura de los barquillos, los cuales salían a veces adornados con santos de papel y hojas de árbol, aquella expectación continua, confiando en que unos saldrían mejores que otros, todo esto era más que suficiente para entretenernos toda una larga noche de invierno al rededor de un buen fuego.

¿Y podré yo recordar ahora, sin suspirar tristemente, aquella Misa del gallo a que solía asistir con mi abuelito? Cuando llegábamos a la iglesia, aún resonaban en el coro los salmos de Maitines, cantos que en mi imaginación religiosa producían el efecto de voces misteriosas escapadas de un

mundo desconocido, habitado por Dios y sus Ángeles. Aquellas graves y sagradas resonancias, que yo no podía comprender, hablaban a mi alma cosas tan altas y soberanas, que no era difícil hicieran brotar del fondo de mi corazón sentimientos no definidos de adoración, de piedad, de amor al excelso Dios de mis padres. Empezaba la Misa de Gallo, y el órgano, como si en aquella noche se saliera de sus casillas, comenzaba a retozar de lo lindo, divirtiendo a todo el mundo aquella deliciosa charla de sonidos, en que parecía adivinarse el regodeo pastoril. Había un celebre tío Sebastián, frescote anciano, con cara de bonachón y boca de risa pero falta de dientes, calvo por añadidura y dueño de una voz llena y sonora, el cual, armado de sus tradicionales castañuelas, se permitía aquella noche ofrecer desde el órgano reiteradas pruebas de su habilidad en aquel sonoro instrumento. Y hasta me acuerdo que remedaba alguna vez tan magistralmente el canto del gallo, que a haberle oído hubiesen respondido todos los gallos de la aldea. Más la sonada era al alzar a Dios. Al oír la señal, se arrojaba todo el mundo menos algunos traviesos de muchachos que se subían a los bancos. De repente rueda estrepitosamente el juego de campanillas del coro, lanza el órgano alegres y ruidosas armonías, los corazones adoran con inmenso júbilo a la Hostia sacrosanta que brilla en manos del sacerdote entre ondas de incienso, y uno ahora, otro después, suenan espantosos e inesperados estampidos que producen las hinchadas vejigas de cerdo al ser reventadas por los niños, los cuales saltan desde los bancos sobre ellas en aquellos sagrados momentos. Me acuerdo que al saltar yo sobre la vejiga una y otra vez, pero resbalando y cayendo siempre, no paraba hasta que por fin la cogía bien con los pies y conseguía que con su poderoso estallido añadiese una nota más al Hosanna gloriosa que todos los corazones entonaban en aquellos momentos al Nacimiento de Jesús. Alegres y satisfechos nos salíamos de la iglesia con la esperanza de una buena y extraordinaria receta. De todas las casas se escapaban por los balcones y ventanas ecos de alegres cantares y de gozosa risas, mientras en una esquina vecina algunos mozos acompañados de guitarras se oían cantar:

Esta noche es Noche buena
Y mañana Navidad;
Abre la puerta, María,
Que vamos a recenar.

IV

Pasaron algunos, muchos, demasiados años desde el tiempo feliz en que gozar podía de estas luces y sencillas escenas en el seno de mi propia familia. Otros tiempos vinieron y otras Navidades alegraron mi corazón, pues, aunque alejado de los míos, otro hogar cariñoso donde jamás faltó el dulce calor de los corazones, me abrió su regazo amante en donde gozar pudiese las dulzuras del cariño y de la Religión. ¡Ah! También de este hogar adoptivo he estado apartado durante estos hermosos días que tanto alegra el Niño de Belén, y aunque han sido pasadas en ciudades populosas, me agrada confesar que ningún año me parecieron más tristes estas fiestas. Cuando de una a otra ciudad me trasladaba el ferrocarril, arrebujado yo en mi capa y echado indolentemente en un ángulo del coche... pensaba; pensaba en todas esas escenas inolvidables que en vano trato yo de dibujar con su propio colorido, y además pensaba en las no menos interesantes que motivaban las otras festividades que se seguían. Recordaba los aguinaldos del día de Navidad, los bolsillos repletos, las dulzuras multiplicadas y las veladas incomparables. Recorría con la imaginación los interminables jolgorios del principio de año nuevo, las sorpresas y engaños del día de los Santos Inocentes, y los alegrones tremendos que tenía con los juguetes y chucherías que venían con los santos Reyes. Aquel ir a esperar a los Reyes Magos, aquel decirnos que ya habían pasado, aquel correr con el capazo de salvado y cebada en una mano y en la otra una antorcha encendida, aquellas esperanzas, y aquella incertidumbre, y, luego después, aquellas sorpresas tan deliciosas al hallar en el capazo o cesta del balcón un tesoro de juguetes y dulces, todo eso y mucho más iba yo recordando en el coche del ferrocarril. Si por una parte estos recuerdos me entretenían agradablemente, pero es lo cierto que acabaron por dejarme melancólico. Sentí la nostalgia del corazón. Sin quererlo suspiré. En esto llegaba el tren a la estación de una ciudad donde debía hacer alto. Sí, y llegué a donde debía desaparecer mi melancolía. Encontré un hogar encendido por el fuego de la piedad más hermosa y más pura, a cuyo dulcísimo y tibio calor crecen los sentimientos más delicados y los más nobles afectos. ¿Sabéis dónde, lectores míos?

No, no temáis que venga yo ahora a arrojar excesiva e inoportuna claridad en la escondida y apacible morada donde habitáis, almas delicadas y generosas, y rompa, imprudente, el velo de suave y apacible sombra en que todavía queréis envolver. Pero ¿no permitiréis a mi corazón, que tan íntimamente feliz y dichoso se sintió en esa vuestra morada por espacio de algunas horas, no le permitiréis, digo, que confíe sus regaladas impresiones a mis lectores queridos, decididos amadores

de Teresa de Jesús, de quien... ¿lo diré yo?... ¿queréis vosotras, en gallarda emulación, ser las primeras en seguir sus gloriosas huellas? Dejadme pues, que de alguna manera cuente lo que el día primero del año nuevo sintió y gozó mi alma al pie de la cuna de aquel Belén que vosotras con tan amorosa complacencia erigisteis al divino Infante en vuestra santa vivienda.

¡Ah, lector querido! En la casa, o digámosle colegio, de que voy hablando, acababan de hacer santos ejercicios espirituales aquellas almas jóvenes, animosas y dispuestas para todo lo bueno. Aquella noche, la última del año, en que yo llegué felizmente allí, era también la última de los santos ejercicios. De suerte que se despidieron del año viejo y saludaron al nuevo de la manera más santa y como debiéramos hacerlo todos. ¡Con qué suave y divina complacencia miraría el Niño de Belén en torno de su cuna a aquella porción escogida de corazones, tan tiernos y delicados como esforzados y viriles, dándole rendidas gracias por todos los beneficios recibidos durante el año que entonces precisamente se acababa, y demandándole más copiosa abundancia de bendiciones para el año que entonces mismo comenzaba también! Eran las once y media de la noche cuando meditaban aquellos puntos suavísimos que se titulan una visita a solas al Niño de Belén; y no contentas con esto, al sonar las doce de la noche, comenzaron aquella otra meditación, no menos tierna y regalada, que se titula: Suspiros de Niño Jesús. ¡Ay que emociones tan nuevas e inexplicables sintió mi corazón en aquellos ratos! Me confiaba una de aquellas almas. ¡Ojalá, añadido yo, fuera esa la santa y piadosa costumbre de todos los cristianos, y lo que hacen solamente algunas piadosas familias, se hiciera en todos los hogares a donde vino a traer la paz y la ventura el Niño de Belén!

Pero a la mañana siguiente, o sea el día primero de año nuevo, aquellas almas, hasta entonces tan profundamente calladas y abstraídas, se acordaron de los pastores y zagalas de las cercanías de Belén, y... ¿para qué os quiero zambombas, rabeles y castañuelas? Arreglaron en su oratorio una especie de ancha cueva, y echadito sobre algodón que figuraba las pajuelas, colocaron un Niño Jesús que yo contemple casi desnudo del todo. Por los lados no faltaban flores y luces, dominando la escena desde lo alto del oratorio la imagen hechicera de Aquella que tiene fama de ser la más garbosa y pulida zagala del ganado de Jesús. Sí, Teresa de Jesús, la que acompañándose de su bien templada zampoña, le cantaba a su amado Bien:

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno,
Véante mis ojos,
Y muera yo luego.

Teresa de Jesús, digo, parecía mirar también con embeleso el cuadro celestial que se ofrecía a su vista. Figúrense mis lectores una sala espaciosa, en uno de cuyo extremo se halla un bonito oratorio. A la mano derecha del oratorio se hallaban sentadas personas de distinción, invitadas a aquel religioso acto de familia. Enfrente del oratorio hallabase colocado un armonium, y a ambos lados habría como una docena de colegialas dispuestas a cantar y tocar, pues en sus manos se veían los rústicos instrumentos. A la izquierda mano estaban también sentadas algunas señoras y señoritas, gozosas de poder presenciar aquel sencillo pero encantador espectáculo. Comenzaron a sonar los villancicos, al parecer tímidamente, pero iba creciendo, creciendo de tal suerte la alegría, el regocijo y el placentero entusiasmo, que todo el mundo parecía no sentirse satisfecho si no formaba parte de aquella orquesta pastoril. No lo extrañen mis lectores si le digo que, casi sin advertirlo, me encontré en las manos... ¡unas castañuelas! Y no había para menos, porque vamos, aquello era lo que hay que ver. Al concluirse algunas estrofas de los villancicos, las colegialas, presentándose cabe el Belén, recitaban versos, pero versos suyos, en donde habían vaciado los tesoros de su ternura, dirigiendo mil gustosas finezas y amorosos encarecimientos al dulcísimo Jesús. ¡Cuento me agradaría poder copiar aquí, para solaz de mis lectores, aquellas estrofas tan ricas de espontánea ternura y de natural encanto! Todas las colegialas dijeron cosas a cuál más regalada al Niño Jesús en forma de verso, menos una que se las dijo en forma de discurso. Junto al Belén y trayendo aún en sus manos el pandero que muy lindamente estaba tocando hacia poco, pronunció una bellísima oración acerca del Nacimiento de Jesús que, ciertamente, dudo que puedan darse cosas más bellas y más sentidamente dichas. El armonium, tocado con suma maestría por un distinguido profesor, contribuyó no poco al mayor lucimiento del acto. Este se terminó con un breve pero elocuente discurso que dirigió a las colegialas la persona más caracterizada y digna que presidía la reunión. ¡Santa y deliciosa velada, que a mi corazón excesivamente solo, triste y melancólico, restituyóle los sentimientos de suave gozo y santo regocijo, sentimientos que deben rebosar sé todos los corazones sanos en estas festividades, las más alegres y hermosas del año! ¿Horas benditas que podéis figurar dignamente al lado de aquellas otras que tan blandamente se deslizaron siendo niño en el hogar de

mis padres, y que, convertidas mañana en arrulladores recuerdos, podrán ser engarzados con los de mi niñez, siendo al mismo tiempo ricos manantiales de la más tierna, pura y santa poesía?

Pero yo me entretengo ya demasiado con el cuento de mis impresiones y recuerdos, sin pensar que es mañana el día de los santos Reyes. Verdad es que hace frío, que está lloviendo y no convida la tarde; pero no hay remedio. Los Reyes deben pasar por esta ciudad esta noche; a lo menos, y eso es indisputable, han de pasar por los balcones, según dicen los niños, que deben saberlo bien. Ellos ya están barruntando cuáles serán los juguetes, vestidos y golosinas que les traerán. El sueño que van a tener esta noche va a ser un sueño profético. Lo que más desean, eso soñaran, y eso tendrán. Es una gran fortuna que esos Reyes Magos tengan para los niños corazón de padre, y sobre todo corazón de madre. ¡Qué despertar tan sabroso para esos angelitos el despertar de mañana! Yo lo he visto mil veces. Saldrán corriendo de la alcoba a medio vestir y desabrochados, se dirigirán al balcón, alzarán los visillos de los cristales, mirarán a un lado y otro y... ¡oh benditos santos Reyes!... desatentados y con la mayor ansiedad abrirán con estruendo el balcón apoderándose de aquellos presentes que, aunque haya llovido de noche, han obrado los Reyes el milagro de que no se bañasen. Luego satisfechos y orgullosos, irán corriendo a enseñar los regalos a sus padres, a los abuelos, a los tíos, a los vecinitos y amigos del barrio, y no será difícil que vengan a enseñármelos a mí también los niños y niñas de mi calle, en cuyo caso, al caballito que salta, y al tambor que suena, y a las sorpresas agradables, y a las cabritillas de azúcar, y a los cucuruchos de dulces y a todas esas mil gustosas tentaciones para los niños, que los buenos de los Reyes les han traído, ¿no habré de añadir yo también alguna cosa que acredite el paso de lo Reyes por mi balcón?

Salgamos, pues, de casa y demos una vueltecita por esas tiendas, radiantes esta noche de luz, atestadas de turrón de todas las clases imaginables, rebosando por los aparadores montañas y pirámides de confituras y dulces, y exhibiendo un portentoso bazar de juguetes y chucherías, tales como no pueden imaginarlas en sus sueños los niños más traviosos y las niñas más vivarachas, ni aún esta noche, la más deliciosa para ellos.

Conque ¡buenas fiestas, queridos lectores!

Juan B. Altés y Alabart.

Tortosa 5 de Enero de 1878.

CULTOS A SANTA TERESA DE JESÚS.

Morell.- Nunca olvidara esta religiosa población la extraordinaria fiesta que presencié con motivo de la entrada en ella de la nueva y graciosa imagen de la santa de nuestro corazón: acompañadas las jóvenes católicas de este pueblo de sus hermanas de los pueblos comarcanos, salieron a las afueras de la villa donde el celoso y teresiano Cura párroco bendijo la hermosa imagen: concluido este piadoso acto se ordenó la procesión, en la que no faltaron niñas vestidas de ángeles, ni vivas a la santa Madre, que eran contestados por la población en masa, que entusiasmada y devota contemplaba a la Santa que iba robando todos sus corazones. Llegado que hubo la procesión a la iglesia, se celebró solemne Oficio, en el que predicó con su acostumbrado celo D. Enrique de Ossó, distribuyendo antes la sagrada Comunión a las Teresianas y demás fieles; por la tarde se cantó solemne Trisagio, se hizo el cuarto de hora de oración, y predicó sobre la archicofradía el Pbro. D. Agustín Paulí. Todo el día hicieron vela las Teresianas a su Madre. La santa Madre cobije bajo su manto protector a tan animosas jóvenes, y derrame sus bendiciones sobre este pueblo que tanto gozo ha recibido su imagen.

Godall.- A la vista tenemos una carta en la que se nos hace la descripción de las fiestas que las jóvenes católicas y todo el pueblo hizo con motivo de recibir una hermosa imagen de la santa Madre Teresa de Jesús: en medio de la mayor devoción y silencio, interrumpido sólo por el alegre vuelo de campanas, bendijo la imagen el Rdo. Regente de la parroquia D. José Grúa, quien acto seguido pronunció al aire libre tan tiernas y conmovedoras palabras, que arrancaron lágrimas al inmenso gentío que se agrupaba alrededor de la santa imagen: llegada la procesión a la iglesia se cantó solemne Oficio, en el que se distribuyó la sagrada Comunión a más de doscientas jóvenes; por la tarde concluida la función, en la que se cantó Trisagio, se hizo el cuarto de hora de oración y se predicó. Vino a terminar la fiesta y llenar de entusiasmo la solemnisima procesión, durante la que se recitaron poesías alusivas a la fiesta, se cantaron himnos a la santa y se llenó el aire de vivas, dando en esto ejemplo el magnífico Ayuntamiento, que con devoción y entusiasmo concurrió a honrar a la

que con María Inmaculada es Madre y Patrona de los españoles. ¡Bien por el pueblo de Godall; bien por tan animosas jóvenes!

Jesús.- (arrabal de Tortosa). - Esas jóvenes católicas, después de un devoto y solemne novenario, obsequiaron a su santa Madre con misa de Comunión general y solemne Oficio, en que predicó D. Mateo Ausanachs, Prior de Mora de Ebro. Por la tarde después de un solemnísimos Trisagio, cuarto de hora y cantos de la plegaria por el coro de jóvenes, ocupó la sagrada cátedra D. Agustín Pauli, catedrático del Seminario, finalizando la función con el canto de los gozos y despedida. En la misma arrabal obsequiaron a su santa Madre por primera vez con solemne Oficio y novena, en la que hubo sermón algunos días, las Madres Carmelitas Descalzas, que pocos días antes tomaron posesión del nuevo convento.

Mayals.- Solemne fueron los cultos con que esas Teresianas obsequiaron a su santa Madre en el día de su fiesta. Por la mañana se celebró misa de Comunión con plática, más tarde misa solemne con sermón que dijo D. José Anguera, Cura Párroco; por la tarde, expuesta S.D.M., se cantaron solemnes Vísperas, se hizo el cuarto de hora de oración, finalizando con la reserva, bendición del Santísimo y canto de la despedida.

Benicarló.- Como siempre, obsequiaron con la mayor devoción y entusiasmo esas jóvenes católicas a su tierna Madre, después de un devoto y solemne novenario, en el que ponderaron las virtudes de la Santa los presbíteros D. Vicente Alba, D. Vicente Ortí y D. Francisco.

Gazól.- Llegó el día de la fiesta, en el que se alimentaron con el Pan de Ángeles las jóvenes católicas y gran número de fieles; más tarde se celebró solemne misa cantada a toda orquesta, en la que habló de la mejor gloria de nuestra España, con los rasgos y elocuencia que le caracteriza, el Dr. D. Froilán Beltrán: por la tarde cantadas Vísperas, hecha la novena y bendecida la devota muchedumbre con la D. M., se hizo una brillante y solemne procesión, con la que se terminó la fiesta y se avivó en esas jóvenes más y más el amor hacia la santa robadora de corazones.

Gandesa.- También en esta religiosa ciudad se ha honrado a la Mujer-milagro: después de ser confortadas con el Pan de los fuertes asistieron las jóvenes católicas a la solemne misa que se cantó en obsequio de su buena Madre: en ella publicó las glorias y virtudes de la Santa el Pbro. D. Francisco Mir: en la función de la tarde, que fue solemnísimas, predicó D. Tomás Llop, animando a las Teresianas y exhortándolas a hacer el cuarto de hora de oración diario. A este día siguió un devoto novenario.

Adzaneta.- Parecidas a las anteriores son las funciones que esas jóvenes consagraron a su tierna Madre, siendo de notar que procedieron a la fiesta cuatro días de santos ejercicios de que se aprovecharon muy mucho esas jóvenes, modelo según nos escriben por su puntual observancia en el reglamento.

NUEVAS INSTALACIONES

de la Archicofradía Teresiana.

Burriana.- En el día en que el mundo católico recuerda con admiración el extraordinario suceso de Nacimiento del Niño Dios, vio este piadoso pueblo lleno de alegría nacer en su seno nuestra amada Archicofradía. Solemnes fueron las funciones que con este objeto se celebraron. Por la mañana después de ser preparadas con una breve plática recibieron la sagrada comunión muchas jóvenes; más tarde se celebró solemne Oficio, en el que predicó D. Enrique de Ossó: por la tarde, expuesta la D.M., se rezó la coronilla de desagravios, se hizo el cuarto de hora, y predicó de la excelencia y necesidad de la Archicofradía D. Juan Altés: se cantó solemne Te Deum, y dada la bendición con el Santísimo, vistieron el santo escapulario las siete que forman la junta. En el mismo día se instaló de un modo solemne el rebañito del Niño Jesús. Grande fue la alegría y entusiasmo de las jóvenes y de la gente toda: no faltó mujer que en cierto modo se arrepintiera de ser casa, por no poder disfrutar de las muchas gracias que el Señor derrama sobre las doncellas que se acogen bajo los mantos de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús.

Castellón.- Insertamos con gusto la adjunta carta, que explica las solemnes funciones que se hicieron en esta importante ciudad con motivo de la instalación de la Archicofradía.

Castellón 27 de diciembre de 1877.

Sra. D^a Asunción Catalá.

Muy señora mí y estimada Tía: Con verdadero placer me apresuro a comunicar a V. que al fin, después de angustiosos retardos, con autorización del Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, fue ayer instalada en la parroquia mayor de seta capital la Archicofradía de María Inmaculada y Terna de Jesús por el fundador de la misma D. Enrique de Ossó.

No ignora V. cuán sinceramente deseaban las jóvenes católicas de esta ciudad asociarse al movimiento general de regeneración que viene acentuándose cada día más en esta tierra clásica de piedad.

Las jóvenes de Castellón carecíamos hasta ahora de una asociación exclusivamente para nosotras, por lo que fácilmente podrá V. comprender el gozo y consuelo interior que todas las admiradoras de dicha Heroína hemos sentido el día de ayer.

A las siete y media de la mañana el señor Cura párroco de esta ciudad, celebró misa de Comunión general para las mencionadas jóvenes, durante la cual D. Juan Bta. Altés, uno de los dignos sacerdotes que acompañan al Sr. de Ossó, y inflamaba nuestros corazones con encendidos afectos hacia Jesús sacramentado.

A las nueve tuvo lugar la misa solemne con exposición de S.D.M., y ocupó la cátedra del Espíritu Santo el referido D. Enrique, el que con la mayor unción y elocuencia presentó a nuestra santa Madre Teresa de Jesús como ilustre escritora y robadora de corazones atrayéndolos al amor de Dios.

Por la tarde a las tres se descubrió otra vez S.D.M., haciendo vela las jóvenes que habían de pertenecer a la junta con la medalla de la Santa, y acto seguido se cantó un solemne Trisagio por los músicos de la capilla. Luego se hizo el cuarto de hora de oración. En seguida se cantó la plegaria a la Santa, y a continuación otro de los Sres. Sacerdotes, D. Agustín Pauli, pronunció un discurso lleno de unción, demostrando clara y evidentemente que la Archicofradía de María Inmaculada y Teresa de Jesús está llamada por su alto objeto a regenerar la sociedad continuando la reforma que la Santa comenzó en sus días.

Después de breves momentos tuvo lugar una de las ceremonias más solemnes e importantes que debían verificarse en tan fausto día.

Las jóvenes que iban a formar la junta Teresiana fueron llamadas al altar mayor por el señor Cura párroco por el orden siguiente:

Hermana mayor, D^a Francisca de Paula Vazquez y Monserrate.- Vicehermana mayor, D^a Emilia Aceña y Rivero.- Primera Consiliaria, Doña Joaquina Vicent y Dolz,- Segunda Consiliaria, D^a Francisca Cuisanilles y Paches.- Primera Celadora, D^a Dolores Font y Gaset.- Segunda Celadora, D^a Tomasa M^a Vidal y Alegre, y Secretaría, esta su sobrina Guadalupe Saenz y Tosquella.

Postradas ante Jesús sacramentado y con velas en la mano, renovamos en alta voz las promesas del Bautismo. En seguida se cantó un solemne Te Deum en acción de gracias al Todopoderoso por la gran obra que habíamos comenzado. Difícilmente podríamos expresar las dulces emociones que sentimos en aquellos instantes.

Terminado este acto, el señor Cura párroco dio la bendición con el Santísimo Sacramento, y se siguió la reserva, concluida la cual, a los melodiosos ecos de la plegaria de la Santa, recibimos de manos del señor Fundador la investidura del santo escapulario de la Inmaculada, y finalmente veneramos una preciosa reliquia de la seráfica Madre Teresa de Jesús que posee esta iglesia, lo cual por una feliz coincidencia lo hizo el señor Prior del Desierto de las Palmas, religioso Carmelita.

Tanto las jóvenes, especialmente las que componen la junta, como todas las demás personas que asistieron a dicho acto, quedaron sumamente complacidas por la pompa y solemnidad con que se celebraron. Creo inútil decir que la iglesia estaba adornada como requiere un acontecimiento que tan grato recuerdo ha dejado en nuestro corazón. Reciban en nombre de la junta Teresiana la más sincera gratitud por su incansable celo el director D. Enrique de Ossó, el digno Cura párroco que con su actividad tanto ha cooperado a la realización de esta obra, y los señores sacerdotes cuya elocuente palabra nos ha hecho ver tan claramente la importancia de esta asociación.

Con este motivo se repite de V.S.S. y afectísima sobrina, - G. S.

INTENCIONES.

El triunfo de la Iglesia, la libertad de Pío IX.- La paz del mundo, y la prosperidad de España.- La obra de las vocaciones eclesiásticas.- La obra de Santa Teresa de Jesús en el siglo XIX.- La

Archicofradía y Rebañito Teresiano.- El complemento de todas las obras teresianas.- La enseñanza católica.- La Comunidades religiosas.- Las Misiones católicas.- Una grave necesidad.

RETIRO MENSUAL .- Día 15 de febrero.

MÁXIMA.- El amor no es amado... el amor no es amado... el amor no es amado!!!... (Santa Teresa de Jesús).

VIRTUD.- Desagraviar al divino Jesús por el abandono en que se halla.

REFLEXIONES.- Detente, alma mía, persevera todavía cabe la pobre gruta de Belén: ¿no sientes tu corazón herido de la mayor tristeza al ver el abandono en que se halla en la tierra el dulce Jesús, ese Niño Dios que en el cielo tiene millares de Ángeles que le sirven?... Sólo María, doncella joven y delicada, y José anciano asaz cansado, son sus constantes servidores y sus guardas fieles, cuando el hombre ciego no le conoce, y cuando los poderoso ingratos le desprecian, y cuando Herodes ambicioso maquina cómo perderle. Bien puedes exclamar con la Santa Madre: ¡El amor no es amado!... Pero si cruel fue el abandono que en aquel entonces sintió Cristo Jesús, mucho más cruel es el que hoy está sufriendo: ¡ah! ¡já cuantos corazones ha llamado durante estos días de su gran misericordia, y estos han permanecido cerrados!... ¡cuántos otros han sido remisos y tardíos en abrirle sus puertas!... ¿y no ha sido el tuyo uno de ellos? Y aunque así no fuera, ¿no es de temer el que Jesús nacido en tu corazón se halle abandonado sin otra compañía que los animales de tus pasiones mal domadas y de tus deseos mal comprimidos?... Jesús da su gracia a los que le sirven, comunica sus virtudes a los que gustan acompañarle: examínate, pues, y mira si en ti se halla la sencillez de este Dios Niño, la humanidad de este Dios pequeño, la pobreza de este Dios necesitado, la obediencia de este Dios esclavo, el silencio de este Dios mudo, el amor de este Dios todo caridad, el celo de este Dios Salvador... ¡Pobre Jesucristo!... Pobre Jesucristo!... ¿y tienes que lamentar también mi abandono?... Jesús, dulcísimo Jesús, de nuevo aquí me tienes implorando tu misericordia y tu perdón; perdón por mi pasado abandono, perdón por el hombre que te desprecia, perdón por el mundo que no te conoce; misericordia para mí a fin de que reines en mi corazón; misericordia para el hombre a fin de que te conozca y ame; misericordia para el mundo a fin de que tú seas su Rey, su Señor, su dueño absoluto: sea, sea así, Jesús dulcísimo.

PRÁCTICA.- Por desagraviar a Jesús hacer durante este mes muchos actos de amor de Dios, lo menos cincuenta cada día.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Socorriendo con oraciones y limosna al Romano Pontífice Cautivo y pobre.

Tortosa.- Al Pontífice de la Inmaculada Pío IX. María y Teresa de Jesús, salvad a vuestro Pontífice: un devoto.....	6 reales.
Dos teresianas, por la libertad del querido y anciano Padre, el teresiano Pontífice Pío IX.....	8 “
Virgen Inmaculada, en este año hemos de ver el triunfo de la Iglesia y la libertad de Pío IX. ¿No es verdad, Madre querida? Oye, oye, oye las suplicas de tus hijas: una teresiana.....	2 “
Por Pío IX cautivo y pobre. Un pobre estudiante ofrece de su pobreza.....	4 “
¡Viva Jesús! ¡Viva María! ¡Viva san José! ¡Viva santa Teresa de Jesús! ¡Viva su glorificador Pío IX hasta ver la muerte o confusión de sus enemigos! Un entusiasta teresiano.....	5 “
Suma.....	<hr/> 1,489 rs.